

gen, así como á los insignes hispanófilos y cervantófilos del universo. A los de América seguramente les ofrecería pasaje gratis con generosidad la Transatlántica, honrándose en transportar á tan distinguidos viajeros. Ninguno de ellos hubiese vuelto á su país sin recorrer gran parte de España; ninguno de ellos dejaría de atar aquí lazos de amistad, simpatía y fraternidad literaria y científica. No concibo mejor ocasión de sumar voluntades y de estrechar vínculos con los que hablan nuestro idioma ó pertenecen á nuestro grupo étnico. Comisiones y delegaciones intelectuales de América y Europa deberían ser atraídas, hospitalizadas, asociadas á estos festejos, los cuales convenían que durasen lo menos quince días, los primeros quince hermosos días del mes de mayo; y para consolidar la unión entre los que piensan y aman las letras en España, en Europa y en el Nuevo Mundo, se invitaría al mismo tiempo, obteniendo de las compañías ferroviarias concesiones, á la larga para ellas mismas beneficiosas, á los intelectuales, escritores y docentes españoles residentes en provincias; á rectores, catedráticos y alumnos premiados y graduados á mérito; á los directores de la prensa; á elementos de las academias militares, de las comunidades religiosas, de cuanto aquí representa estudio,

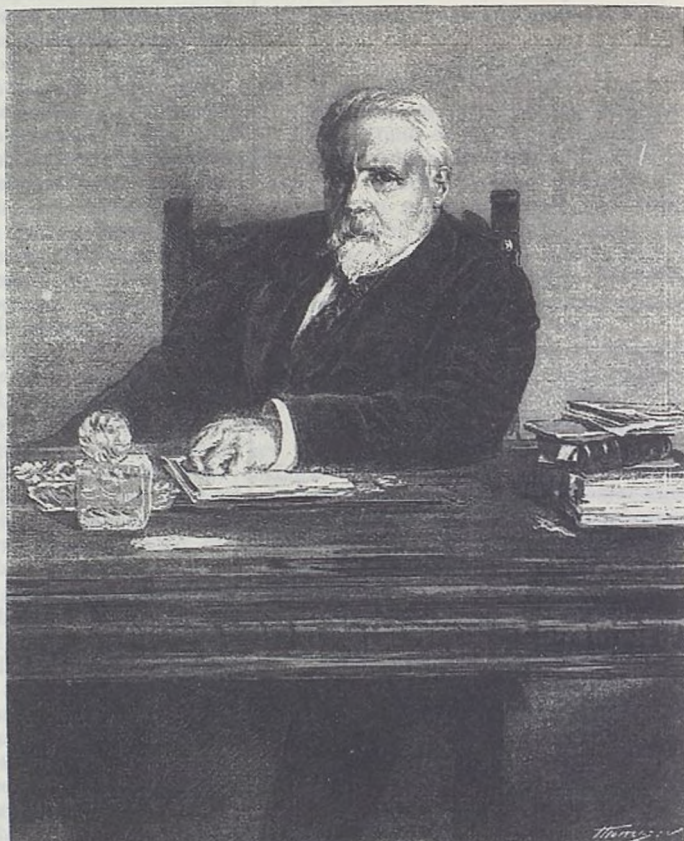
ponemos, una vez más, tan en evidencia ante Europa, como nos pusimos en la Exposición de 1900 y como, si Dios no lo remedia, seguiremos poniéndonos, no por imposibilidad de hacerlo mejor, sino por incapacidad, por frialdad, por atonía, por no atribuir importancia sino á las menudencias de la política de género chico y á los personalismos egoístas, absorbentes.

Un recuerdo á Valera, gravemente enfermo á la hora en que escribo esta Crónica, en inminente peligro de muerte, porque su avanzada edad no permite optimismos.

A diferencia de D. Federico Balart, que acaba de bajar al sepulcro menos cargado de años que Valera — y sin embargo no puede decirse que viviese para las letras desde hace tiempo, pues, no producía — Valera, con sus ochenta y pico, continuaba escribiendo y publicando, y el golpe de la súbita enfermedad fué lo único que interrumpió su labor constante. Cinco ó seis días antes de sufrir el ataque, me envió un nuevo librito, *Tratado social*, con cariñosa dedicatoria: dos días antes hizo que le leyese parte de mi Discurso en la velada de Salamanca; y si no mienten las hojas impresas, el mismo día en que el mal se declaró, le leyeron y estuvo corrigiendo su propio Discurso.



D. JUAN VALERA,  
eminente literato fallecido en Madrid en 19 de los corrientes



D. FEDERICO BALART,  
eminente literato y crítico fallecido en Madrid en 11 de los corrientes

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No quiero hablar de la catástrofe del Depósito de aguas. Si lo hiciese — á pesar de que el asunto pertenece ya á la clase de fiambres — tendría que decir un sinnúmero de cosas más tristes que la catástrofe misma. Porque no son los hechos, sino sus orígenes, su modo de desarrollarse, sus consecuencias, lo que revelan, lo que sugieren, lo que puede preocupar á los espíritus reflexivos. El caso de la desaparición, de la muerte horrible de treinta, cuarenta, cien hombres, es mero incidente, al producirse sin culpa grave de la sociedad, y al no suscitar en ella, como causa ó como pretexto, fenómenos que no dudo en llamar de descomposición. De todo esto hubo (y muy caracterizado) en el triste suceso del hundimiento. Y no quiero — no siempre se tienen ánimos para pregonar las cosas malas de oír que nadie le pregunta á uno — remover esos sedimentos y exponer mis fatales impresiones sobre amargas inquietudes de la época y de la nación en que me ha tocado vivir. Después de todo, queda tiempo: estamos empezando, nada más, á notar los síntomas de algo que nos cogerá de nuevas cuando estalle, porque prevenir no es aquí sinónimo de gobernar.

Pasemos á temas festivos: del Centenario. Nadie sabe en qué va á consistir..., es decir, sabemos lo que reza el programa oficial; pero es tan pobre, tan mezquino, tan inadecuado — porque la batalla de flores será una cosa muy bonita, pero así se relaciona con el asunto del Centenario como yo con el Gran Turco — que después de leer ese programa, lo que parece es que el Centenario se ha escamoteado por arte de truchimanagería. De otra manera muy distinta concebíamos el homenaje á Cervantes. Y lo veía en grande, con proporciones que no creo fáciles de alcanzar, porque, en esto como en todo, la voluntad labra mucho, y no estamos tan enteramente desprovistos de medios; lo malo es que de aplazamiento en aplazamiento hemos llegado á las vísperas, y sólo á última hora, atropelladamente, contando con la pocalina y el gentío madrileño que se echa á la calle, se va á salir, como se pueda, á lo que Dios quiera, de compromisos adquiridos con aparente entusiasmo.

Sí; yo veía el Centenario del Quijote revestido de toda la excepcional, incomparable importancia que le presta la gloria del autor en quien propios y extraños nos han simbolizado, encarnado y representado, suponiendo que en tal libro y tal hombre se encierra la esencia de nuestra nacionalidad, nuestra psicología colectiva.

No considero difícil, habiéndose dispuesto de tiempo suficiente — pues si no me engaña la memoria, más de un año hace que Mariano de Cavia lanzó en el *Imparcial* la idea del Centenario — invitar á una comisión de representantes señalados de cada nación latina y de cada nación hispano-americana de ori-

trabajo y pensamiento. Entre esta falange vendrían, ya lo sé, muchos sin títulos suficientes para merecer tal obsequio; pero en casos como el presente, hay que parodiar la frase atribuida á Simón de Monfort, al mandar á sus tropas que acuchillasen sin reparo á las turbas de herejes, pues si entre ellas estaba algún católico, allá Dios en el cielo lo discerniría. Y á todos les debiera reunir un almuerzo monstruo, celebrado, si no hubiese local con techo, al aire libre, después del cual imponente manifestación depositaria coronas al pie de la estatua de Cervantes, y una jira monstruo también (cuya organización podría confiarse á la Sociedad de Excursionistas) á Alcalá de Henares ó á Toledo, donde los recuerdos cervantescos abundan y donde se enseña, intacta, la *Posada de la Sangre*.

Al aire libre igualmente, con público muy numeroso, y que sin embargo podría ser escogido — juzgado de golfería y de tropel que se gana el sitio á puñetazos, — cabría celebrar asimismo la representación de una loa ó de un entremés de Cervantes, en un escenario como los que se construyen en Alemania para casos análogos, y hermoseando el recinto con los elementos que brinda la estación primaveral. Esta culta representación al aire libre, de carácter popular, no impediría la función de gala en el Teatro Real, ni cuantas se quisiesen dar, gratuitas, en otros escenarios. La Casa Real, que dispone de magníficos salones y jardines, obsequiaría con recepciones ó *garden parties* á los invitados, contribuyendo así al esplendor de los festejos. Por su parte la guarnición organizaría una retreta cuya base fuesen las galeras de Lepanto, la muestra triunfal de aquella ocasión memorabilísima en que Cervantes se quedó inválido. En el lugar que se considerase más propio se podría celebrar una función de fuegos artificiales, con la alegría y brillantez características de este festejo, popular también, como convenía que fuesen, en su mayoría, los del Centenario. Porque no cabe consagrar á Cervantes y al *Quijote* un programa que sería suficiente para festejar al duque de Connaught, ó á cualquier otro forastero ilustre. La significación del *Quijote* ¿á cuánto nos obligaba! ¿Qué resonancia la de este libro, sobre todo desde que pasamos la frontera!

Dios me perdone si me equivoco. Sospecho que «lo del Centenario» ha dormido el sueño de los justos hasta el último instante, es decir, hasta hará cosa de dos meses en que se inicia el runrún: «¡Calle! ¡Pues es cierto! ¡Hay que celebrar esas fiestecitas!» Y entonces se ha elaborado el misero, el triste programa que nadie ignora. Y en provincias, las veladas, los certámenes, han arreciado — y ahí está cuanto brindamos á Cervantes. — No debe esta culpa ser imputada al actual ministro de Instrucción pública, que acaba de jurar. Acaso no deba ser imputada especialmente á nadie. Son cosas..., cosas de aquí...

Para festejar así al *Quijote*, más valiera no festejarle; dejarle en su trono ideal. No vamos á aumentar su gloria, pero nos

sobre el *Quijote*, encargo de la Academia para la sesión solemne del Centenario. Así la muerte habrá sorprendido á este campeón en su puesto, sonriente y tranquilo hasta última hora, sereno ante lo inevitable del destino, según conviene á un varón fuerte, á un humanista, á un filósofo, á un amante de sabiduría y de cuanto bello produce la inteligencia.

Y cuando digo que le habrá sorprendido..., es un modo de decir. No le ha sorprendido; doy fe de que la esperaba con maravillosa ecuanimidad. Cayó postrado un domingo, y el viernes anterior, 7 de abril, ó mejor dicho el sábado 8, pues era la una de la madrugada cuando así conversábamos, respondió á una pregunta mía sobre su estado de salud: «Siento el hormigueo, y supongo que no se hará esperar el accidente.» Y esto lo profirió sin alteración de la voz, sin desmentir su calma que debe llamarse olímpica, y pasando inmediatamente á conversaciones literarias, que tenían la virtud de reanimarle y de arrancar chispas de luz á su peregrino ingenio, despierto y ágil, joven y fresquísimo en medio de la decadencia de su organismo.

Suele ser triste el cuadro de la senectud de los hombres ilustres. El cuerpo impone su degradación al espíritu; el terror se ensañe del alma; surgen los egoísmos y las manías; adquieren importancia capital los miseros detalles de achaques y alifafes, y el cambio de un hábito adquirido ó la falta de cualquier comodidad y gusto, toman proporciones de acontecimiento. El humor se agria, y cual el invierno descubre las anfractuosidades de la roca, quedan patentes y salientes los defectos del carácter. Nada de esto he visto en la hermosa vejez de D. Juan! Mostrábase, es cierto, extremadamente conservador y no poco misonéfista; pero no debía de ser obra de los años; es caso muy frecuente aquí que los hombres inscritos en las agrupaciones liberales, sean opuestos á las formas inminentes de la evolución social, y por supuesto á las de la evolución literaria, no menos inevitable. Pero sus ideas, muy estáticas, las expresaba don Juan con tal donaire y humorismo, las sazonaba con tan ática ironía y tan gustosas sales, las paliaba con tantas concesiones transigentes, con tan elegante diletantismo, que producían en el oyente, á falta de convencimiento, impresión aménísima y cultivadora.

Era, en suma, la amistad de Valera una de las más gratas é instructivas, y perdimos mucho sus amigos y tertulianos al pagar tributo á la naturaleza este sabio anable, bien educado, de exquisito trato, de encantadora elocuencia verbal y epistolar. Su obra literaria, variada y rica, no es lo que aquí ensalzo: su obra queda completa, suficiente para marcar honda huella en un período de nuestra literatura; pero su persona, envuelta en las grises redes de la ancianidad y evadiéndose diariamente de ellas como mariposa que rompe una telaraña, es lo que ahora va á faltarnos... Valera merecía vivir un siglo.

EMILIA PARDO BAZÁN.